

pues todo lo que ilustra el proceso de pensamientos que condujeron á tan grandioso resultado, es altamente interesante; y el órden de deducciones que aquí se presenta, aunque quizá no tenga el encañamiento mas lógico, por estar sacado de los papeles mismos de Colon, ocupará siempre un lugar distinguido entre los documentos mas importantes de la historia de la razon humana.

Fijando un poco la atencion en esta exposicion desde luego se conoce que el grande argumento que indujo á Colon á emprender sus descubrimientos, fue el comprendido bajo el primer título á saber: que la parte mas oriental del Asia conocida por los antiguos, no podia estar separada de las islas Azores, mas que por la tercera parte de la circunferencia del globo; que el espacio interpuesto debia de estar en parte ocupado por el residuo desconocido del Asia; y que como la circunferencia del mundo era menor de lo que generalmente se suponía, podría llegarse á las costas asiáticas por medio de un moderado viaje al Occidente.

Forzoso es confesarlo: el logro de esta empresa fue debido en gran parte á dos felices errores: la extension imaginaria del Asia hácia el Oriente, y la supuesta pequenez de la tierra: errores ambos de los mas doctos y profundos filósofos; pero sin los cuales apenas hubiera osado Colon aventurarse en su posterior carrera. En cuanto á la idea de encontrar tierra navegando directamente al Occidente, nos es tan familiar ahora, que disminuye en cierto modo el mérito de la concepcion primera; y la valentía del primer ensayo: pero entonces era desconocida la circunferencia del globo; nadie podia negar que fuese inmensa la extension, é imposible la travesía del Océano, ni se habian descubierto aun las leyes de la gravedad específica, ni de la gravitacion central, que supuesta la redondez del mundo, hacen evidente el poder rodearle. La posibilidad, pues, de encontrar tierras navegando al Occidente, era uno de aquellos misterios de la naturaleza que se consideran increíbles, mientras son objetos de mera especulacion, y verdades las mas sencillas despues de haberse penetrado.

Cuando hubo establecido Colon su teoria, se le fijó en el ánimo con singular firmeza, influyendo mucho en su carácter y conducta. Jamas hablaba de ella sino con la seguridad y la resolucion de un hombre que tiene fe en lo que dice. No habia adversidad ni desengaño alguno que pudiese distraerle de la vigorosa prosecucion de su objeto. Se mezclaba con sus meditaciones un profundo sentimiento religioso, que las matizaba á veces de supersticion, pero de una supersticion grandiosa y sublime, mirándose como instrumento del cielo, escogido entre los hombres y las generaciones para cumplir sus altos designios; y suponía haber visto sus contemplados descubrimientos predichos en las sagradas Escrituras, y anunciados tambien en las místicas revelaciones de los profetas. Se juntarán los extremos de la tierra, y todas las naciones y las lenguas se unirán bajo las banderas del Redentor. Esta habia de ser la consumacion triunfante de su empresa; poner las mas remotas y desconocidas regiones del universo en comunión con la cristiana Europa; llevar la luz de la verdadera fé á las tenebrosas repúblicas paganas, y reunir sus innumerables naciones bajo el santo dominio de la Iglesia.

El entusiasmo con que emitía sus pensamientos daban elevacion á su alma y le rodeaban de cierta grandeza que le hacia parecer superior á los demas. Conferenciaba con los soberanos, casi como si fuesen sus iguales. Sus proyectos eran régios, altos y sin límites; los descubrimientos que proponía, eran de imperios; las condiciones, de proporcionada magnificencia; y no quiso nunca, ni aun despues de largas dilaciones, repetidos desengaños y amargos padecimientos, bajo la opresion de la penuria y la indigencia, rebajar en

lo mas mínimo las que se creían entonces extravagantes peticiones, por la mera posibilidad de un descubrimiento.

Los que no podían entender cómo un ingenio ardiente y dilatado llegaría á tan firme convicción por medio de razones presuntivas, buscaron varios modos de explicarlo. Despues que un glorioso resultado estableció la exactitud de las opiniones de Colon, los mismos que antes le calificaban de loco se propusieron demostrar que el descubrimiento de aquellas tierras lo debia á previos informes. Entre otros esfuerzos se hizo el de circular una odiosa historia de cierto viejo piloto que habia muerto en su casa, dejándole relacion circunstanciada de unos países desconocidos hácia el Occidente, á los que le habian echado vientos contrarios. Este cuento no tenia mas fundamento, segun Fernando Colon, que cualquiera de las consejas populares acerca de la fantástica isla de S. Brandan, que un capitán portuguez imaginó haber visto mas allá de Madeira á su vuelta de Guinea. Circuló, empero, por algun tiempo como un rumor despreciable, alterado y dispuesto segun las miras de los que deseaban oscurecer la gloria de Colon. Al fin logró imprimirse, y varios historiadores lo repitieron, cambiándolo de forma en cada narracion, y con mil contradicciones absurdas.

Dijose ademas que Colon fuera precedido en sus descubrimientos por Martin Behem, cosmógrafo contemporáneo que habia desembarcado accidentalmente en la costa del sur de América, en el discurso de una expedicion africana, y que si hizo Colon su viaje fue sirviéndose de un mapa ó globo de la proyeccion de Behem, en que estaban designados los países recién descubiertos. Este rumor debió su origen á una desatinada interpretacion de cierto manuscrito latino, sin documentos que lo justificasen; hubo lo obstante quien le dió entero crédito y aun hace pocos años se le hizo revivir con mas celo que discrecion; pero en el día descansa ya victoriosamente refutado. La tierra que visitó Behem era la costa del Africa, mas allá del Ecuador; la proyeccion de su globo no se concluyó hasta el año de 1492, mientras Colco estaba ausente en su primer viaje, y una prueba incontestable de que el autor desconocia su existencia es el no contener traza alguna del Nuevo Mundo.

Hay, por desgracia, en las letras cierto espíritu entretenido é impertinente, que con hábito de docto exámen sigue, espíandolas, las huellas de la historia, mina sus monumentos, y daña y mutila sus mas hermosos trofeos. Pero los grandes nombres deben vindicarse á toda costa de tan pernicioso erudicion, cuyo conato no es otro que paralizar la saludable doctrina que encierra en sí la historia, al darnos ejemplos de lo que puede acabar el ingenio humano, entregado á laudables empresas. Por esta razon nos hemos propuesto en los capítulos anteriores exponer con la mayor claridad las causas que hicieron concebir á Colon el colosal pensamiento á que debe su inmortalidad; entre las cuales mencionamos como la primera á su ingenio, sin olvidar por eso ni el estado de los conocimientos geográficos de su siglo, ni las vislumbres dispersas de la ciencia, cuya luz recibían en vano las inteligencias vulgares.

CAPITULO VI.

CORRESPONDENCIA DE COLON CON PABLO TOSCANELLI.—SUCESOS DE PORTUGAL RELATIVOS Á DESCUBRIMIENTOS.

AUNQUE YA EN 1474 habia concebido Colon el designio de buscar un camino occidental para la India, todavia no se habia desarrollado suficientemente en su cabeza este proyecto. Así aparece de su correspondencia del verano de aquel año con el docto florentino Pablo Toscanelli. En una carta de este, respondiendo á otra de Colon, aplaude el proyecto que su

corresponsal habia formado de hacer un viaje al Occidente. Y para demostrar la facilidad de llegar á la India en aquella direccion, le envia un mapa, proyectado en parte segun Ptolomeo, y en parte con arreglo á las descripciones del veneciano Marco Polo. La costa oriental del Asia se suponía enfrente de las occidentales del Africa y de Europa, con un moderado espacio de mar entre ellas, en que se colocaban, á convenientes distancias, Cipango, Antilla y otras islas. La carta y mapa de Toscanelli, uno de los mas hábiles cosmógrafos de su tiempo, infundieron nuevo aliento á Colon. Parece que se procuraría Toscanelli la obra de Marco Polo, que se habia traducido á varias lenguas, y existía manuscrita en las mas de las bibliotecas. Este autor da prodigiosas descripciones de las riquezas de Cathay y Mangui ó Mangu, reconocidas despues como las costas Norte y Sur de la China, á las cuales, segun el mapa de Toscanelli, llegaría sin duda el viajero que navegase en el rumbo directo del Occidente. Describe con la mayor mesura el poderío y la magnificencia del soberano de aquellos dominios, el gran Khan de Tartaria, y la grande extension de sus capitales de Cambalu y Quinsai, y las maravillas de las islas de Cipango y Zipangui, que se supone designan el Japon. Esta isla la situa enfrente de Cathay, quinientas leguas dentro del Océano, y dice que era rica en oro, piedras preciosas y otros artículos de comercio, y que tenia un rey, cuyos alcázares estaban cubiertos con tejas de oro, así como los palacios de otros países las tienen de plomo. Muchos creían quiméricas las relaciones de este navegante; pero aunque llenas de seductoras exageraciones, se ha probado despues, que son sustancialmente correctas: se hace aquí especial mérito de ellas, por lo que influyeron en la imaginacion de Colon.

La obra de Marco Polo es la verdadera llave de muchas partes de su historia. Colon habla de las tierras que se promete descubrir, en las instancias dirigidas á diferentes córtes, como pudiera hablarse de aquellas regiones encantadas descritas por los viajeros venecianos. Los territorios del gran Khan eran el objeto de todos sus viajes; y en sus cruceros por las Antillas se lisonjaba sin cesar con la esperanza de hallarse cerca de las islas opulentas de Cipango y de las costas de Mangui y de Cathay.

Mientras se maduraba en su razon el designio de emprender los descubrimientos del Occidente, hizo Colon un viaje al norte de Europa, del cual solo se conserva el siguiente pasaje, extractado por Fernando de una de sus cartas.—«En el año de 1477, por febrero navegué mas allá del Tile cien leguas, cuya parte austral dista de la equinoccial setenta y tres grados, y no sesenta y tres, como quieren algunos; y no está sita dentro de la línea que incluye el Occidente de Ptolomeo, sino es mucho mas occidental; y los ingleses, principalmente los de Bristol, van con sus mercaderías á esta isla, que es tan grande como Inglaterra; cuando yo fui allá, no estaba helado el mar, aunque las mareas eran tan gruesas que subian veinte y seis brazas, y bajaban otro tanto.»

La isla que aquí se cita como Thule ó Tile, creíase que fuese Islandia; que dista al Occidente de la última Thule de los antiguos, segun se nota en el mapa de Ptolomeo. Esto es lo único que se sabe de ese viaje, en el cual no obstante se vislumbran, los vehementes deseos que Colon tenia de ensanchar los límites del mundo conocido.

Mucho tiempo trascurrió sin ningun esfuerzo decidido de parte de Colon, para llevar á cabo este designio. El mal estado de su fortuna le impedía armar los buques, y hacer los preparativos necesarios para tal expedicion. Y como esperaba ademas encontrar vastos países de infieles, sin sujecion á poder legal alguno, consideraba que no podía dar principio á su empresa, sino bajo la proteccion y con la poderosa

ayuda de algun estado soberano, capaz de arrogarse el dominio de los territorios descubiertos, y de recompensarle sus servicios con dignidades y distinciones proporcionadas á ellos.

En la última parte del reinado de Alonso de Portugal habia poco celo por los descubrimientos para esperar que se aceptasen proposiciones relativas á ellos. El rey estaba harto entretenido con las guerras contra España y éranle estas demasiado costosas para que entrase en semejantes empresas. Tampoco el espíritu público estaba preparado para peligrosas aventuras. No obstante los muchos viajes que se habian hecho á la costa de Africa é islas adyacentes, y la generalidad con que ya se usaba la aguja náutica, mil impedimentos eucañaban aun la navegacion, y rara vez se decidía el marinero á perder la tierra de vista.

Los descubrimientos progresaban lentamente en las costas africanas; pero los navegantes recelaban lanzarse mar adentro por el hemisferio del Sur, cuyas estrellas desconocían completamente. Les parecia á aquellos hombres tan extravagante el proyecto de un viaje al Occidente por medio de las inmensas llanuras del Océano, en busca de una tierra fantástica, como parecería en la presente edad el de lanzarse en un globo por los aires en busca de alguna distan e estrella.

Pero estaban cerca los tiempos que habian de extender el poder de la navegacion. La época era propicia para el rápido adelanto de los conocimientos. La reciente inreccion de la imprenta facilitaba el veloz y extenso comercio de las ideas humanas: sacó las ciencias de las bibliotecas y de los conventos, y las trajo familiarmente al bufete del estudiante. Los volúmenes que existían antes en costosos manuscritos, cuidadosamente atesorados adonde no pudiese llegar la mano del indigente escolar, ni del oscuro artista, se veían ya sin admiracion por todas las mesas. Estaba decretado que no hubiese de allí adelante retroceso en la sabiduría, ni pausas en su carrera. Cada uno de sus pasos progresivos se promulgaba inmediata, simultánea y profusamente, se recordaba en mil formas diversas, y se fijaba para siempre. La edad de las tinieblas habia pasado para siempre, podrían algunas naciones cerrar los ojos á la luz, y vivir porfiada y voluntariamente en el oscurantismo; pero no les seria dado oscurecerla ni apagarla; y á pesar de todos los esfuerzos, resplandecería cada vez mas hermosa en otras partes del mundo, que haría felices el poder difusivo de la imprenta.

Entonces tomó el cetro de Portugal un monarca de diferente ambicion que Alonso. Juan II tenia por los descubrimientos la misma pasion que su tío el príncipe Enrique, y con su reinado revivió la actividad por ellos. Su primer cuidado fue edificar un fuerte en S. Jorge de la Mina, en la costa de Guinea, para proteger el comercio de oro en polvo, marfil y esclavos que se hacia por los alrededores.

Los descubrimientos africanos habian sido muy gloriosos para Portugal, pero tambien muy caros. Se esperaba empero que el descubrimiento del camino de la India remunerarian todas sus fatigas y sacrificios, abriéndole á la nacion un manantial incalculable de riquezas. El proyecto del príncipe Enrique, lentamente seguido por medio siglo, habia despertado una viva curiosidad acerca de las partes remotas del Asia, y vivificado todas las narraciones verdaderas y falsas de los viajeros.

Ademas de las maravillosas descripciones de Marco Polo, existían otras del rabí Benjamin ben Jonah de Tudela, célebre judío español, que salió de Zaragoza en 1173 para visitar los dispersos restos de las tribus hebreas, donde quiera, que estuviesen sobre la faz de la tierra. Vagando así con incansable celo por la mayor parte del mundo conocido, penetró en la China, y pasó por ella á las islas del sur del Asia. Tambien habian escrito sus viajes Carpiní y Ascellin,

dos frailes enviados el uno en 1246, y el otro en 1247, por el papa Inocencio IV de embajadores apostólicos con el objeto de convertir al gran Khan de Tartaria; y se conservaba el diario de Guillermo Rubruquis (ó Ruysbrook), célebre franciscano, encargado de una comisión semejante en 1253 por Luis IX de Francia, cuando se hallaba en su desgraciada expedición de la Palestina. Todas estas misiones habían tenido un éxito desgraciado, pero las relaciones de ellos, conservadas hasta el siglo décimo quinto, sirvieron para inflamar la curiosidad pública respecto á las lejanas partes del Asia.

En estos escritos encontramos por la vez primera el nombre del célebre Preste Juan de las Indias, supuesto rey cristiano, que se creía reinaba en un distante país del Oriente, objeto de mucha curiosidad é indagación, cuyo reino cambiaba de territorio en el cuento de cada viajero, y se desvanecía y evitaba los escrutinios tan constantemente como la insustancial isla de S. Brandan, volvió á dar nuevamente crédito á estas patrañas. Se creía haber descubierto trazas de su imperio en el interior del Africa, al oriente de Benin, donde había un poderoso príncipe que usaba cruces entre las insignias reales. Juan II participaba ampliamente del estímulo popular que estas narraciones producían. Al principio de su reinado llegó á enviar misionarios en busca del Preste Juan, la visita de cuyos dominios era entonces objeto de ambición romántica para muchos entusiastas. La magnífica idea que Juan II había formado de las remotas partes del Oriente, le hacía desear en extremo que se realizase el magnífico proyecto del príncipe Enrique, y que tremolase la bandera portuguesa por los mares indios. Fatigado de la pesadez que observaba en los descubrimientos por la costa del Africa, y de los inconvenientes que cada cabo y promontorio presentaba á las empresas náuticas, llamó también en su ayuda á las ciencias para trazar el modo de dar á la navegación mayor campo y seguridad. Sus dos médicos, Rodrigo y José, el último judío, los más hábiles astrónomos y cosmógrafos del reino, juntos con el célebre Martín Behem, entraron en docta consulta sobre el asunto. El resultado de sus conferencias y trabajos fue la aplicación del astrolabio á la navegación, que enseñaba al marino la distancia del Ecuador. De este instrumento mejorado y modificado, se ha formado el moderno cuadrante, cuyas ventajas esenciales poseía el astrolabio desde su introducción.

Los efectos producidos en la navegación por este invento son incalculables. La arrancó de una vez de antigua servidumbre de la tierra, dejándola en libertad para que discurriese á su placer por las ondas. La ciencia había preparado así guías para hacer descubrimientos por el solitario Océano. En vez de costear las playas como los antiguos navegantes, en vez de volver á tierra cuando los vientos le habían separado de ella, presurosa y tímida, y sin más lumbrera que la de las inciertas estrellas, podía aventurarse ya el osado marino moderno por ignotos mares, cierto de que la brújula y el astrolabio le abrirían seguro camino para su vuelta, en caso de no encontrar lejanos puertos.

CAPITULO VII.

PROPOSICIONES DE COLÓN A LA CORTE DE PORTUGAL.

La oportunidad con que fue descubierta la aplicación del astrolabio á la navegación, parece providencial; solamente con ella pudo Colón vencer los grandes obstáculos que se oponían á la ejecución de su proyecto. Inmediatamente después de verificarse este adelanto, propuso, pues, su viaje de descubrimientos á la corona de Portugal.

Esta es la primera proposición de que tenemos claro é indisputable recuerdo, aunque no falta quien

crea que anteriormente había hecho una á Génova su patria. Las empresas náuticas hallaban una protección especial en la corte de Portugal. Muchos de los que habían hecho descubrimientos á su servicio, quedaron de gobernadores de las mismas islas y países que habían descubierto, aunque algunos eran extranjeros. Animado por esta munificencia, y por el vehemente deseo que tenía el rey Juan II de hallar el paso de la India, solicitó y obtuvo Colón audiencia de aquel monarca. Propuso, si el rey le suministraba barcos y hombres, emprender el descubrimiento de un rumbo más corto y directo para la India que el que se estaba buscando. Su plan era dirigirse via recta al Occidente, á través del mar Atlántico. Entonces estableció sus hipótesis con respecto á la extensión del Asia, describiendo también las riquezas de la isla de Cipango, primera costa á que esperaba llegar. De esta audiencia tenemos dos relaciones hechas con espíritu algo opuesto: una por su hijo Fernando, y otra por el historiador portugués Joam de Barros. Es digno de notarse de cuán distinta manera consideraban un mismo hecho un hijo entusiasta y un frío y quizá preocupado escritor.



Cristóbal Colón.

El rey, según Fernando, oyó á su padre con mucha atención; pero había consumido tantos caudales infructuosamente en explorar el camino de la costa africana que recelaba tomar parte en semejantes planes. Su padre, empero, sustentaba la anterior proposición por medio de tan persuasivas razones, que indujo al rey á dar su consentimiento. La única dificultad que ya quedaba, eran las condiciones; porque siendo Colón hombre de nobles sentimientos, pedía altos y honrosos títulos y recompensas; con el fin, dice Fernando, de dejar un nombre y familia, dignos de sus altos hechos.

Barros por su parte atribuye la aparente condescendencia del rey solo á las importunidades de Colón: S. M. le consideraba, dice el historiador como un hombre vanaglorioso, inclinado á lucir sus talentos, y dado á nociones fantásticas, como las respectivas á la isla de Cipango. Pero el hecho es, que esta idea de la vanidad de Colón la inventaron los escritores portugueses posteriores; y en cuanto á la

isla de Cipango, estaba muy lejos de considerarse quimérica por el rey, que como lo acredita la misión que salió á buscar al Preste Juan, era un dócil creyente de los cuentos orientales de los viajeros. La prueba de que el monarca dió crédito á las razones de Colón, es que consultó la proposición con una junta de personas inteligentes.

Se componía la asamblea de los dos hábiles cosmógrafos Rodrigo y José, y del confesor del rey Diego Ortiz de Cazadilla, obispo de Ceuta prelado de gran reputación literaria, castellano de nacimiento, y generalmente llamado Cazadilla, del nombre de su

pueblo. Esta corporación calificó el proyecto de insensato.

Pero la decisión parece que no satisfizo al rey. Según su historiador Vasconceles, convocó el consejo compuesto de los prebostes y personas más doctas del reino y les preguntó si creían que debía adoptarse aquel nuevo camino de descubrimientos, ó seguir el que ya estaba abierto.

La proposición de Colón fue condenada por el consejo; y en efecto parecía que se despertaba en los consejeros cierto espíritu hostil hacia los descubrimientos.



Colón en el convento de la Rabida, pidiendo agua y pan para su hijo.

No estará por de más que digamos algo sobre la discusión del Consejo. Vasconceles trae un discurso del obispo de Ceuta, en que no solo se opone este prelado á la propuesta empresa, como falta de razón sino que se esfuerza en impedir la prosecución de los descubrimientos africanos. «Su tendencia no es otra, decía, que distraer la atención, agotar los recursos y dividir la fuerza nacional, ya harto debilitada por las recientes guerras y pestes. Mientras su poder estuviese así roto y disperso en remotas, inútiles y nocivas expediciones, se hallaban peligrosamente expuestos á los ataques de su activo enemigo el rey de Castilla. La grandeza de los monarcas, añadía, no nace tanto de la extensión de sus dominios, como de la sabiduría y tino con que los gobiernan. Y continuaba: sería un delirio en la nación portuguesa emprender grandes proyectos, sin comensurar-

los con sus medios. Ya se ocupa el rey de suficientes empresas de cierto provecho, y no tiene para qué empeñarse en otras fantásticas y visionarias. Si desea empleo para el activo valor de la nación, la guerra que sustenta contra los moros de Berbería, es suficiente, sus triunfos en ella de sólida ventaja, y propios para debilitar aquellos hostiles vecinos, que tan peligrosos se han mostrado en la hora de su poder.»

Este frío y cauteloso discurso del obispo de Ceuta, dirigido contra empresas que tanta gloria daban á los portugueses, lastimó el orgullo nacional de don Pedro de Meneses, conde de Villa Real, y arrancó de él una elevada y patriótica respuesta. En el entender de cierto historiador esta réplica era favorable á la proposición de Colón; pero esta opinión carece de fundamento. Pudo haberla tratado con respeto; mas

su elocuencia se empleó á favor de las empresas en que los portugueses estaban ya empeñados.

«El Portugal, dijo, no está en su infancia, ni son sus príncipes tan pobres que carezcan de medios para emprender descubrimientos. Aun suponiendo que los que Colon propone descansasen en meras conjeturas, ¿por qué se habian de abandonar los que empezó el príncipe Enrique sobre tan sólidos fundamentos, y prosiguió con tan felices auspicios? Las coronas, dijo, se enriquecen por el comercio, se fortalecen con las alianzas y adquieren imperios por las conquistas. Las miras de una nación no pueden ser siempre uniformes; sino que se extienden con su prosperidad y su opulencia. El Portugal está en paz con todos los príncipes de Europa. Nada tiene que temer de entrar en grandes empresas; y sería la mayor gloria para el valor portugués penetrar los secretos y horrores del Océano, tan formidable para las otras naciones del mundo. Así ocupado se libraria del ocio que los largos intervalos de paz engendran; aquel manantial de vicios, aquella lima silenciosa que poco á poco desgasta la fuerza y el valor de las naciones. Era vergonzoso, añadía, amenazar el nombre portugués con peligros imaginarios, cuando tan intrépido se había manifestado en acometer los más tremendos y ciertos. Las grandes almas estaban formadas para las grandes empresas; y se admiraba mucho de que un prelado tan religioso como el obispo de Ceuta se opusiese á un proyecto, cuyo último resultado sería aumentar la fé católica y llevarla del uno al otro polo, reflejando gloria en la nación portuguesa, y dando imperio y fama indeleble á sus príncipes. Y concluía declarando, que aunque soldado, se atrevía á pronosticar, con voz y espíritu celestiales, al príncipe que acabara aquella empresa, mas felice y duradero renombre que obtuvo jamás el mas afortunado soberano.» Tal fue el ardiente discurso del conde de Villa-Real en pro de los descubrimientos africanos. Mas afortunado habria sido para Portugal que usara su elocuencia en favor de Colon; porque se asegura que fue recibida con aclamaciones que disipó todos los racionios del frío espíritu de Cazadilla, y que inspiró al rey y al consejo nuevo ardor para emprender la circunnavegacion de los extremos del Africa, cuyo éxito fue tan brillante.

CAPITULO VIII.

SALIDA DE COLON DE PORTUGAL Y SUS INSTANCIAS Y OTRAS CORTES.

Es comunmente reputado Juan II de Portugal por príncipe grande, sábio é incapaz de sufrir la dominacion de ningun consejero. Pero en la memorable negociacion de que hablamos, no hizo alarde de su magnanimidad acostumbrada y hubo de escuchar capciosos y astutos consejos, siempre opuestos á la verdadera política, y productivos en este caso de disgustos y mortificaciones. Algunos de entre sus consejeros, viendo que estaba el monarca poco satisfecho de la determinacion anterior, y que todavía le quedaba cierta inclinacion oculta por aquella empresa, le sugirieron una estratagema para asegurar todas sus ventajas, sin comprometer la dignidad de la corona, entrando en formales tratados acerca de un plan que podia ser quimérico. Le propusieron pues que se entretuviese á Colon con razonamientos equivocados en tanto se enviaba reservadamente un buque en la direccion que él había señalado, para cerciorarse del fundamento que pudiese tener su teoria.

Esta pérdida insinuacion se atribuye á Cazadilla, obispo de Ceuta, y cuadra bien con la estrecha política que hubiera querido persuadir al rey Juan á que abandonase la espléndida senda de sus descubrimientos africanos. El rey apartándose desgraciadamente de su acostumbrada generosidad, cometió la debilidad de

favorecer aquella inícuca estratagema. Se pidió á Colon un plan circunstanciado del propuesto viaje, con las cartas y otros documentos, segun los cuales intentaba tomar su derrotero, para que pudiese examinarlos el consejo. Colon satisfizo inmediatamente este pedido. Entonces salió una carabela con el pretexto ostensible de llevar víveres al cabo de islas Verdes, pero con instrucciones reservadas para seguir el rumbo indicado por Colon. Desde aquellas islas navegó la carabela al Occidente por algunos dias. El tiempo se puso tormentoso; y los pilotos, careciendo de celo que los estimulase, y no viendo delante de sí mas que un inmenso desierto de salvages y trémulas hondas, no tuvieron valor para continuar. Tomaron la vuelta del cabo de las islas Verdes, y de allí pasaron á Lisboa, ridiculizando el proyecto de Colon, como irracional y extravagante, para excusar así su falta de ánimo.

Colon se indignó justamente con tan infame atentado. El rey Juan, se dice hubiera querido renovar la negociacion; pero él se negó resueltamente á ello. Su mujer hacia algun tiempo que habia muerto: el nudo doméstico que le unia al Portugal, estaba roto; y así determinó abandonar un pais donde le habian tratado con tan mala fé, y buscar patrocinio en otra parte.

Hacia fines de 1484 salió secretamente de Lisboa, llevando consigo á su hijo Diego. La razon que da para haber dejado el reino con tal misterio, es que temia que se lo impidiese el rey; pero su pobreza parece que le ocasionó otros motivos. Mientras estaba lleno de aquellas especulaciones que tan grandes beneficios habian de producir al género humano, sus negocios particulares quedaron abandonados. Podria suponerse, que hasta estaba en peligro de que le prendieran por deudas. Una carta, descubierta últimamente, escrita á Colon algunos años despues por el rey de Portugal, pidiéndole que volviese á aquel reino, le asegura que no se procederá á su arresto cualquiera que sea la causa que contra él haya pendiente.

Otro intervalo ocurre de cerca de un año, en el cual se ignoran casi todos los movimientos de Colon. Un historiador moderno de España, opina que salió sin detenerse para Génova, donde cree que estaba positivamente el año de 1485, cuando repitió en persona una proposicion de la empresa que ya por escrito habia sometido al gobierno, de quien fue recibida con desprecio.

La república de Génova no estaba verdaderamente en circunstancias favorables para emprender tales proyectos. Hallábase entonces en decadencia y esquilimada por las guerras que estaba sosteniendo en el exterior. Caffa, su gran depósito en la Grimea, acababa de caer en manos de los turcos, y su pabellon estaba á punto de ser arrojado del archipiélago. Los infortunios habian quebrantado su ánimo; porque entre las naciones, como entre los individuos, es la energía hija de la prosperidad, y enferma en las horas adversas, cuando mas se necesitarian sus esfuerzos. Así, Génova, desanimada, segun se infiere, por sus reveses, cerró los oídos á una proposicion que la hubiera elevado á décupla esplendor, y por la que habria podido perpetuar el dorado caduceo del comercio en las manos de la Italia.

Créese que Colon llevó sus proposiciones de Génova á Venecia, aunque esta opinion no está apoyada en ningun documento auténtico. Un escritor italiano de mucho mérito dice que en Venecia se conserva cierta tradicion antigua que lo asegura. Y añade, que un magistrado distinguido de aquella ciudad le habia dicho haber visto en tiempos anteriores, en los archivos públicos, anotaciones de este ofrecimiento de Colon, y de haberse negado en consecuencia de la crítica situacion de los negocios públicos. Pero las largas é inveteradas guerras de Venecia contra su pais hacen improbable este paso. Muchos autores convienen en

que por este tiempo visitó á su anciano padre, tomó medidas para mejorar su suerte; y habiendo cumplido con los deberes de la piedad filial, salió otra vez á buscar fortuna en las córtes extranjeras.

Debe advertirse que no pasan de presunciones todas las circunstancias, con las cuales se ha intentado llenar el intervalo que hay desde la salida de Colon de Portugal á las primeras noticias que de él tenemos en España. Tal es la dificultad de penetrar la parte oscura de su historia, hasta que el esplendor de los descubrimientos la inundó de luz eterna. No puede hacerse mas, que ir de un hecho aislado á otro. Que en este tiempo luchó sin cesar con la pobreza, resulta del mal estado en que le encontramos en España: ni es la circunstancia menos extraordinaria de su agitada vida, que tenia en cierto modo que ir pidiendo limosna de córte en córte, para ofrecer á sus príncipes un mundo.

LIBRO II.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMERA LLEGADA DE COLON A ESPAÑA.

Es curioso observar la primera llegada de Colon á aquel pais destinado á ser teatro de su gloria, y que él había de hacer tan poderoso con sus descubrimientos; porque en ella notamos uno de los mas notables é instructivos contrastes de su historia.

La primera huella que se encuentra suya en España, está en la declaracion hecha algunos años despues de su muerte, con motivo del pleito entre su hijo D. Diego y la corona, por García Fernandez, médico del pequeño puerto de Palos de Moguer en Andalucía. Media legua, poco mas ó menos, cerca de Moguer habia y se conserva aun, un antiguo convento de frailes franciscos, de la advocacion de Santa María de la Rábida. Segun el testimonio del físico, llegó un día á las puertas del convento un extranjero á pie, con un niño, para quien pidió al portero pan y agua. En tanto recibia este humilde refresco, el guardian del convento, fray Juan Perez de Marchena, pasó casualmente por allí, notó con admiracion la presencia de aquel hombre; entabló conversacion con él, y no tardó en enterarse de las particularidades de su vida. Este extranjero era Colon con su hijo Diego. No aparece de dónde venia; pero que estaba en circunstancias indigentes, se echa de ver por su modo de viajar. Iba entonces á la vecina ciudad de Huelva en busca de un cuñado suyo.

Era el guardian un hombre de vastos conocimientos. Quizá por estar tan cerca de Palos, cuyos vecinos se contaban entre los mas audaces navegantes de España, habia adquirido algunos conocimientos en geografía y náutica. Le interesó mucho la conversacion de Colon, y le sorprendió la grandeza de sus miras. Fue singular ocurrencia para la vida monótona del claustro, que un hombre de tan insólito carácter, y entregado á tan extraordinaria empresa, llamase á la portería del convento para pedir pan y agua. Le detuvo el guardian como su huésped, y poco confiado en su propio saber, mandó llamar á un médico de Palos, llamado García Fernandez, que es á quien debemos estos curiosos datos. Fernandez se admiró tambien de la apariencia y conversacion del extranjero. Sucdieron á esta entrevista muchas discusiones en el convento; y el proyecto de Colon se trataba en aquellos silenciosos claustros con la deferencia que habia buscado en vano entre el bullicio y pretensiones de los sábios de córte y de los filósofos. Tambien se reunieron entre los marineros veteranos de Palos algunas sugestiones que parecian corroborar su teoria. Un tal Pedro Velasco, anciano y experimentado piloto, afirmaba que treinta años antes, en el discurso de un

viaje, fue arrojado por los temporales tan lejos hacia el Nor-Oeste, que el cabo Clear de Irlanda quedaba ya al Este suyo. Aun cuando un fuerte viento soplabá á la sazón del Occidente, estaba la mar en calma: notable fenómeno que él atribuía á la existencia de tierra en aquella direccion. Pero siendo ya á últimos de agosto, temió la venida del invierno, y no quiso continuar este descubrimiento.

Fray Juan Perez poseia aquel celo de corazon en sus amistades que convierte los buenos deseos en buenas obras. Persuadido de la alta conveniencia que resultaba de que Colon llevase á cabo su gigantesca empresa, le ofreció una buena recomendacion para la córte, aconsejándole ir de todos modos á ella, y hacer sus proposiciones á los soberanos. Era fray Juan Perez intimo amigo de fray Fernando de Talavera, prior del monasterio del Prado, confesor de la reina, muy admitido en la confianza real, y de mucho peso en los negocios públicos. Para él le dió á Colon una carta, recomendando altamente el aventurero y su empresa al patrocinio de Talavera, é impetrando su amigable intercesion para con los reyes. Como la influencia de la Iglesia era ante todas en la córte de Castilla, y Talavera por su empleo de confesor, tenia la mas directa y franca comunicacion con la reina, se esperaba todo de sus esfuerzos. En el entretanto, fray Juan Perez se hizo cargo del niño de Colon, para mantenerle y educarle en el convento. El celo de este digno religioso; así encendido no se resfrió jamas; y cuando muchos años despues rodeaban á Colon en los dias de su gloria brillantes turbas de cortesanos, prelados y filósofos, reclamando el honor de haber favorecido sus empresas, volvía él la vista á su vida pasada, y señalaba á este modesto sacerdote como su mejor y mas útil amigo. Permaneció Colon en el convento hasta la primavera de 1486, cuando llegó la córte á Córdoba, donde los soberanos pensaban reunir sus tropas, y hacer los preparativos para una campaña contra el reino morisco de Granada. Llena el alma de risueñas esperanzas y alentado con la seguridad de conseguir pronto audiencia por medio de fray Fernando de Talavera, se despidió Colon del digno guardian de la Rábida, y dejándole su hijo, salió alborozado para la córte de Castilla.

CAPITULO II.

CARACTERES DE FERNANDO Y DE ISABEL.

(1486.)

La primera época en que Colon buscó su fortuna en España, coincide con uno de los periodos mas brillantes de esta monarquía. La union de los reinos de Aragon y Castilla, por el casamiento de sus príncipes Fernando é Isabel, habia consolidado el poder cristiano en la península, y puesto fin á los feudos internos, que tanto tiempo habian despedazado la nacion, y asegurado el dominio de los musulmanes. La entera fuerza de España iba á emprender la caballerosa y noble conquista mahometana. Los moros que algun dia se deramaron como una inundacion por toda la península, estaban ya reducidos á los lindes montañosos del reino de Granada. Las armas de Fernando marchaban por una senda no interrumpida de triunfos; estrechando cada vez mas los límites de aquel fiero pueblo. Bajo estos soberanos principiaron los pequeños y divididos estados españoles á obrar como una sola nacion, y á alcanzar la eminencia en las artes lo mismo que en las armas. Fernando é Isabel se dijo que no vivian juntos como consortes, cuyos estados eran comunes, sino como dos monarcas extrictamente aliados. Tenian separados derechos á la soberanía, en virtud de sus respectivos reinos; juntaban diferentes consejos, y ejercian separados con frecuencia en lejanas partes del imperio cada uno su autoridad real. Pero se hallaban tan felizmente unidos por miras é intereses comunes,